MICRORRELATOS

VII CONCURSO MICRORRELATOS DE GADIS



Séptima edición de Microrrelatos de Gadis

Edita
Gadisa Retail SLU
Polígono de Piadela s/n. 15300
Betanzos, A Coruña.

Coordinación de la edición y el diseño
Agencia Nasas

Depósito Legal
C 1552-2026

Impresión y encuadernación
Agencia Gráfica

Papel
Recytal offset de 120g. y Recytal offset de 300g.

Impreso en Galicia. Septiembre 2026

FSC
RECICLADO
Papel
FSC® C120867

GADIS

MICRORRELATOS

WWW.GADISMICRORRELATOS.COM

LOS CAM-BIOS

OS CAM-BIOS

Los cambios…

Esa primera flor de febrero que se adelanta a la primavera. El nudo en el estómago de tu primer día de clase. La sorpresa cuando una comida nueva te encanta. El orgullo de ver a los tuyos consiguiendo lo que se proponen.

La vida transcurre entre cambios y lo que hacemos ante ellos nos va convirtiendo en quienes somos.

Conoce qué significan los cambios para cada finalista del VII Concurso de Microrrelatos de Gadis.

Os cambios…

A primeira flor de febreiro que se adianta á primavera. O nó no estómago do teu primeiro día de clase. A sorpresa por canto che prestou unha nova comida. O orgullo de ver os teus conseguindo o que se propoñen.

A vida transcorre entre cambios e o que facemos ante eles vainos convertindo en quen somos.

Coñece que significan os cambios para cada finalista do VII Concurso de Microrrelatos de Gadis.

Ariadna (24)
Cangas do Morrazo

O ano que pasou páxina
Xaneiro. O frío traspasa as fiestras. Febreiro sabe a Entroido
e a namorados. Marzo amosa as flores que coa chuvia de abril
medran. Maio prométeme un verán que ocupa xuño, xullo e
agosto. Setembro despide as areas; outubro éncheme de chulas,
novembro de cogomelos.
Lendo a García Márquez, sinto que a miña vida tamén
é circular. Pecho o libro. Sorrís.

Decembro recolle o ano e volve xaneiro. O frío aumentou.
Febreiro non arrecende a amor e as flores de marzo
non teñen destinatario. Hoxe, ao rematar o capítulo, os cen
anos de soidade xa non son de Macondo. Son meus.

Kamela (59)
Betanzos

El peso justo
A los veinte años sus manos tropezaban con entradas
de conciertos, números de teléfono apuntados en servilletas
y llaves de portales extraños.

A los treinta, el espacio lo ocupaban tarjetas de crédito,
tiques de gasolina y analgésicos para el estrés.

Hoy, al vaciar sus pantalones, solo encontró una piedra
lisa de río que su hija le había regalado por la mañana.

Sonrió al notar el cambio de peso: le había llevado media vida
comprender que lo importante no era llenar los bolsillos,
sino vaciarlos de todo lo innecesario.

Victoria (69)
Oleiros

El encuentro
Cuando bajaron la colina avistaron una familia parecida
a la suya, pero diferente: tenían la piel más oscura, la nariz
más estrecha, las cejas menos prominentes y el cuerpo más alto,
pero menos fornido.

Dudaron en acercarse a ellos, al igual que, de seguro,
estaría haciendo aquella familia, tan parecida y distinta a la vez.
El macho alfa neandertal detuvo el avance de los suyos.
Los sapiens hicieron lo mismo... pero los niños de ambos
grupos se adelantaron y empezaron a jugar juntos. La mezcla,
los cambios, transformaron para siempre a los descendientes
de ambos grupos, a nosotros.

Juan V G (51)
Sésamo

Seleccionador de relatos
El primer texto era puro tedio; lo rechazó en las primeras
palabras. Otro: la primera palabra tenía una falta de ortografía.
Dos creados por una IA, uno que se le escapó sin querer y tres,
cuatro y cinco a los que dijo que sí porque había seleccionado
pocos.

El siguiente relato se llamaba *El seleccionador de relatos.*
«Papá trabaja mucho seleccionando relatos para concursos.
Llega tarde a casa, cansado y no quiere hablar. Me gustaría
ver el partido de hoy con él».

No lo seleccionó y marcó tres más al azar.
Se fue a casa pronto.

Jorge Collado (31)
Madrid

Velocidad
De pequeño, el verano no terminaba nunca.
El último duró tres días.

F López (42)
A Coruña

Cosas pequeñas
Empezó a notarlo en cosas pequeñas: la mochila de unicornio abandonada en el trastero, los disfraces cogiendo polvo en el armario, la petición de comprarle una carpeta archivadora…
¿Cómo había pasado tanto tiempo en tan poco?
Los días parecían eternos, sobre todo los primeros años, pero no podía creerse que el conjunto fuese un número tan escalofriante.

13.
De 13 años.

Eso pensaba mientras la apretaba fuerte contra el pecho.
Eso, y que le quedaban apenas 3 vacaciones juntas, antes de que pidiese no irse con ellos de viaje.
Cerró los ojos y le olió el pelo.

Yaiza (29)
Ponteareas

Amor en venta
Hace tiempo que ya no es el mismo. Recuerdo lo mucho que me gustaba y cómo de la noche a la mañana todo cambió. Todavía recuerdo su olor, el tacto contra mi piel y cómo eso me relajaba. Para mí era perfecto y ya no está.
Me paso los días buscando esa misma sensación en otros, sin éxito. Nada lo podrá sustituir…
Me cambiaron mi champú favorito del supermercado.



María (45)
Salamanca

Subir o no subir

«¿Dime qué fue lo que cambió?», le preguntaba al bizcocho recién sacado del horno, que lucía como una auténtica declaración de guerra a su perfecta celebración.

«¿Qué fue lo que cambié si lo hice todo igual?», se repetía mientras lo tiraba a la basura. Cómo un bizcocho insumiso había logrado desencadenar que ella comenzara a menguar y menguar, hasta verse del tamaño de una miguita de bizcocho.

Héctor Acebo (38)
A Coruña

O río

Unha mañá de néboa apareceu un río no medio da aldea. Pasaron setenta anos e aínda ninguén lle puxo nome.

Julia (35)
Pontevedra

Editar contacto
Carlos clase
Carlos <3
Mi amor
Carlos
NO COGER
Carlos
...

El cursor parpadea.
Leo duerme en la habitación de al lado.
Borro el nombre otra vez.
Escribo despacio:
Papá de Leo
Guardar.

«Se han encontrado contactos duplicados.
¿Quieres combinarlos?»
Miro la pantalla unos segundos.
«Sí.»

Héctor (45)
A Coruña

Amor
Non escolles de quen namoras, simplemente acontece.
Non por iso ten que ser correspondido, dixo segundos
antes de marchar.

Lois Pardo (57)
Pontevedra

El vestido rojo
A primera hora de la mañana entró en la peluquería
y se dejó hacer. Después, una amiga apareció con un vestido
rojo colgado de una percha y unas sandalias doradas.
Hacía años que no se veía así, tan guapa.

Al llegar al juzgado, él ya la esperaba. Se puso en pie al verla.
La recorrió con la mirada y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.
Tomó asiento. El funcionario deslizó los documentos
del divorcio sobre la mesa.

Cogió el bolígrafo. Por primera vez en mucho tiempo,
su mano no tembló. Firmó.Y se fue con paso firme.

Merchi (54)
Vilanova de Arousa

Ella no sabía que era una sirena

El azul predominaba en la casa donde la niña miraba por la ventana. Ella no lo sabía; no sabía que la Nancy quedaría vestida con una falda de tablas, tampoco sabía que las muñecas de papel permanecerían dormidas para siempre en la caja de galletas, y que lo mismo les pasaría a las ceras en el estuche.

Ella, que no sabía nada de todo lo que aquí cuento, notó cómo en su pecho se agolpaban luciérnagas mientras su piel despertaba a mujer.

Al sentir cómo su cuerpo cambiaba, preguntó a su madre cuándo le nacería la cola de sirena.



Gvirado (25)
Lugo

Si tiene que suceder, sucederá
Y de repente volvió a ser diciembre, pero esta vez
los sentimientos eran distintos. Hace un año
que nos distanciamos y ya no espero noticias tuyas.
Y aunque no recuerdo que te tengo que olvidar,
ahora sonrío por haberte dejado atrás.
Quiero que te vaya bien, aunque no sea conmigo
y aunque me hubiese gustado llamarte amigo,
sé que tomaste una decisión.

Salí del Gadis con mi compra, sumida en mis pensamientos,
cuando de repente iba cruzando el paso de peatones
y un coche paró en seco. Ahí estabas.

Ana Cristina (36)
Boiro

Una talla más
El supermercado me avisó antes que la vida:
tocaba comprar una talla más de pañales.

Años después comprendí que cada paquete escondía
una despedida. Ahora paso por el pasillo de los bebés
y ya no hay nada que comprar. Suspiro.

Él iba muy deprisa; yo aún estoy aprendiendo a dejarlo ir.

Paula (36)
Moaña

Aprender a andar en bici
Hoy la abuela no tenía un buen día. Traté de convencerla de que dejáramos el paseo para otro momento y nos metiésemos en la cama a ver *Pasapalabra* juntas. Le encantaba ese concurso. Me agarró fuerte la mano mientras yo intentaba acertar las pruebas.

—Se te daría bien ir ahí, nena.—Sigue soñando con verme en la tele.

Cuando me despedía, tuvo un momento de lucidez y me dijo:
—Me gustaría aprender a andar en bici. ¿Crees que aún estoy a tiempo?
—Siempre estamos a tiempo de aprender, abuela.

Sofi (37)
Brión

La promesa de Lucas
El viejo faro de la playa llevaba diez años apagado, o eso creían todos en el pueblo. Una noche de tormenta, Lucas vio desde su ventana cómo la gran bombilla comenzaba a girar, proyectando una luz roja sobre el mar enfurecido. No buscaba guiar a los barcos, sino avisar, a lo que venía del fondo.

Al día siguiente, la arena de la playa apareció cubierta de monedas de oro antiguas y extrañas huellas regresaban al agua. Lucas guardó una en su bolsillo y prometió no volver a mirar el mar.

Litonia (38)
León

¿Hasta cuándo?
La revolución no precisó armas, fuego, ni grandes batallas.
Tan solo los pies fatigados, los estómagos vacíos y las gargantas resecas de un grito unísono:
«¿Hasta cuándo?»

Beatriz (39)
A Coruña

La máquina
Debía darse prisa, el fuego se estaba propagando rápido. Siguió las instrucciones que le habían dado, seleccionó el área afectada y pulsó el botón «Cambiar».

El fuego desapareció como si nada, el edificio que hacía unos minutos ardía, ahora estaba intacto. Parecía cosa de brujería. Un pensamiento se abrió paso en su mente.

Apuntó la máquina hacia él, seleccionó su cerebro con cuidado. «¿Einstein? No, mejor.» ¿Alguien lo habría hecho antes?

Pulsó el botón «Camb…»



Remedios (50)
Almargen

Alas prestadas
Miró el capullo de seda vacío sobre la rama seca. Recordó el vértigo del encierro, el miedo a la asfixia y la dolorosa metamorfosis que estiró sus músculos hasta el límite.

Fuera, el jardín florecía ajeno a su pasada agonía. Extendió las alas, aún húmedas, y sintió el aire fresco de la mañana. Ya no era la criatura arrastrada que temía la altura; ahora el cielo le pertenecía.

Los cambios no destruyen el ser. Simplemente lo liberan. Con un leve impulso, se lanzó al abismo, lista para volar.

Kamela (59)
Betanzos

El espejo vacío
Ella guardaba todas sus opiniones en el fondo oscuro del armario. Cada mañana, antes de salir, se probaba una personalidad diferente.

El lunes adoptó la fría indiferencia de su jefe.
El miércoles lució la ruidosa euforia de sus amigos.
El viernes se vistió con el denso silencio de su pareja.

Cambiaba su forma de ser tan rápido que olvidó por completo su propio color original. Hoy, al mirarse al espejo, no vio nada. La superficie estaba totalmente vacía. Asustada, buscó dentro del armario.

Solo quedaba una pregunta colgada de una vieja percha de madera: ¿quién soy cuando estoy realmente sola?

Tamara Pinto (39)
León

Anuncio
Cambió una sola palabra en el cartel: donde ponía «Se busca ayuda» escribió «Se ofrece ayuda».

Entró menos gente aquel día. Pero una mujer se detuvo, leyó despacio y rompió a llorar. A veces el mundo gira sobre cosas tan pequeñas como una sola palabra.

Queiroga (39)
San Sadurniño

La casa
Fui cuna, refugio, trinchera y sobremesa.

Mis paredes aprendieron nanas, portazos, risas de domingo
y silencios después del hospital. Vi cambiar los muebles,
los peinados, los apellidos en el buzón.

Un día quitaron la habitación azul y pintaron estrellas
en el techo.

Otra infancia empezaba donde otra había guardado sus juguetes.
Nadie me preguntó si echaba de menos a los que se fueron.
Pero cuando alguien abre la puerta y dice: «Ya estamos en casa»,
todas mis grietas se acomodan.



Helvia (42)
Culleredo

Ayer, hoy y mañana
Todas las noches antes de dormir, la pequeña Abril revisa
con perenne curiosidad los dibujos de colores que cobran vida
en las páginas de su libro favorito.

Y, todas las noches, antes de cerrar sus ojos, Abril repite
a su amigo favorito que los monstruos no existen.
Entonces, su amigo favorito, como cada noche, se llena
de melancolía y regresa volando a la oscuridad de su armario.

Voni (40)
A Coruña

Vaciado
Vendí los muebles. Regalé su ropa. Guardé las fotografías,
los libros con notas en los márgenes y el bastón junto
a la puerta. Cerré cajas durante horas.

Cuando terminé de vaciar la casa de mi abuelo, las gafas
seguían sobre la mesilla. Las cogí un instante.
Miré la habitación vacía.

Después las dejé donde estaban.

Necesitaba creer que todavía iba a volver.

Cande (62)
Ponferrada

De uno en uno
¡Todo puede cambiar!

¿Cuántas veces oí esta frase? Pero... ¡no! En este momento no.
Me había costado mucho llegar. Subir 348 escalones.
Y, cuando estaba arriba, se había arreglado el ascensor.

Carme Duarte (43)
Santa Marta de Tormes

Desdentados
Haciendo recuento, la verdad, no puedo quejarme:
ceguera incipiente, bolas de pelo que se caen a borbotones,
fuerte artrosis, patas traseras renqueantes...

Sin embargo, no puedo evitar que mi cola se mueva
frenéticamente cada vez que el bebé humano
y yo compartimos el puré de verduras.





Spam (45)
Salamanca

Contraseña
Llevaba años utilizando la misma contraseña:
el nombre de su perro, la fecha de su boda y un *hashtag*.

Aquella mañana, el sistema le obligó a cambiarla.

Mientras escribía la nueva, se dio cuenta de que el perro
había muerto, su ex-mujer se había vuelto a casar
y ya no recordaba la última vez que usó redes sociales.

Aceptó los cambios.

La contraseña también.

Candy (38)
Palencia

Morriña biónica
La ría de Vigo se tiñó de un ocre fosforescente;
tocaba mutación de otoño. Brais acarició el frío
metal de su brazo derecho, viendo cómo la piel
sintética se auto-reparaba, borrando la cicatriz de ayer.

A su lado, las bateas flotantes y los viejos astilleros
reconfiguraban sus estructuras como columnas de mercurio,
adaptándose al viento nuevo.

En el puerto, los marineros parpadeaban,
descargando actualizaciones de memoria directas al cerebro.
Todo fluía, todo era plástico.

Brais suspiró, cerró sus ojos biónicos y saboreó la única
morriña que le quedaba: el recuerdo de cuando las cosas
duraban una vida.

Tita (58)
L' Hospitalet de Llobregat

Micromundo
No se dio cuenta de cuándo empezó a encoger.

Un día descubrió que el mundo entero cabía entre
las grietas del viejo suelo de madera. La escoba barría
sobre ella con la fuerza de un tsunami; los ácaros flotaban
como globos aerostáticos y cada pelo del gato caía con el peso
de un árbol derribado.

Siempre se había sentido pequeña en aquella familia.
Ahora, por fin, lo era. Pero desde el suelo comprendió algo:
incluso lo diminuto encuentra rendijas por donde escapar.

Y fue entonces cuando empezó, al fin, a crecer.

Antía (31)
Vigo

Valentía
Miro a los ojos grises de mi abuela.
Mis manos rojas me pesan, mis ojos húmedos tiemblan.
El dolor en mi vientre se me enreda como una zarza,
me desgarra desde dentro con sus bordes afilados.
Ella me acuna y me limpia, me protege y me guía.

Años después me acerco a su cama.
Noto que se le escapa la vida.

Con una sonrisa, me susurra:
—Dicen que nos salen canas porque los pelos
se asustan de la vejez.
Su aliento me cosquillea en los oídos.
—Son cada cambio que superamos con valentía.

Akim (66)
Barcelona

Empleabilidad
El reuma le obliga a realizar un gran esfuerzo para entrar
y salir del ataúd. Pero, temiendo que piensen en sustituirlo
por alguien más joven, soporta en secreto el dolor.

Dos meses atrás, a la firma del contrato, le entregaron el texto
que debía aprenderse de memoria para repetirlo con voz
cavernosa cuando entrara cada nuevo grupo.

Obtuvo este empleo después de tres décadas como tornero
en una empresa que hubo de cerrar, más luego dos años
en el paro. Ahora se siente, de nuevo, importante:
¡no cualquiera adquiere el privilegio de interpretar
al terrorífico conde Drácula!

Iago (45)
Gondomar

O lugar das cousas
Baixei á cociña con fame e collín unha mazá.
Abrín un caixón na procura dun coitelo. Só había panos.
Abrín outro. E outro máis. Por fin apareceu. Ana debería
deixar de cambiar as cousas de sitio.

Sentín abrir a porta da casa. Asomeime ao corredor.
Na entrada había un home alto e forte.
Tremendo, erguín a man, aínda co coitelo.

—Quen es? Fóra da miña casa!

O home quedou inmóbil. A súa mirada baixou ata o coitelo.
Unhas bágoas esvararon polas súas meixelas.

—Síntoo, pero non podo seguir coidándote eu só, papá.

Morrinhento (31)
A Coruña

Tagetes
Cando chegou, díxome que en Ucraína os *tagetes* florecían
mesmo despois dos veráns máis duros. Eu nunca escoitara
esa palabra. Só sabía do toxo. Acaboume por convencer
de plantar uns no balcón.

Na primavera seguinte, os *tagetes* xa medraban en Galicia.

Nós tamén.

David Castro (38)
Lugo

Fuxida imposíbel
Mudou de barrio, de vila, de país, incluso mudou
de continente. E nada, todo seguía igual.

Pensou, xa desesperado, en mudar de planeta,
pero o presuposto esgotárase. Mantivo a esperanza,
non había motivos para pensar nunha conspiración.

Cando volveu suceder derrubouse. Estaba atrapado.
Buscou solución na literatura máis oculta e arcana.
Alguén se atoparía con algún problema semellante
nalgún momento da historia da humanidade.
Meteuse no libro. Fisicamente. Mudou de realidade.
Iso si que era un cambio!
Pasou trinta días marabillosos descubrindo un universo
de fantasía. Pero traxedia. Tamén alí tiña que pagar o alugueiro.
Hai cousas que non cambian.



María Carmen Caamaño López (45)
Madrid

Significa libertad
La conocí realmente de grande, cuando sus paseos en bicicleta se habían vuelto más lentos y su melena gris la seguía, ondeando a sus espaldas, como la estela de un cometa.

Antes sólo sabía cosas sobre ella. Sabía que se casó cuando ya no creía en el amor; que tenerme a mí la reconcilió con la vida; que me puso este nombre raro porque significa libertad en algún lugar de África.

Ahora, aún la llamo cuando algo duele y mi voz es un eco en esta casa vacía. Los domingos intento hacer su receta de croquetas. No me salen igual.

Jerónimo (60)
Salamanca

Cambiar de empleo
—En su solicitud, ¿además de flautista…?
—Borre lo de músico. Empeñé mi instrumento en Bremen cuando me rechazaron en la agrupación musical.
—¿Control de plagas?
—No. Aborrezco las ratas, aunque no pueda evitar que vengan detrás de mí.
—¿Cuidado de niños?
—¡Jamás! Recuerdo mi última bronca con aquel alcalde que no quiso cumplir lo prometido. Fue una pesadilla encontrar brujas y ogros suficientes para hacerse cargo de tanto mocoso insoportable.
—¿Probamos en ventas?
—¡Qué buena idea! Con tanto ratón en mi poder puedo montar un concesionario… muchas Cenicientas quieren tunear sus calabazas para disponer de carrozas más potentes.

Helena (45)
Lugo

Querer volver
—Vai preparando o piso, avisamos na residencia e para o mes volvo ao meu fogar.
—Mamá, non podes estar soa.
—Claro que podo, tamén o estaba antes!
—Como ti digas...
Volver á casa, ao meu fogar, poder facer o que me pete. Na residencia todo son horarios, e todo está organizado a cada hora. Ademais eu xa volvín andar, teño a cabeza perfecta. Entra a rapaza:
—Adelaida, axúdolle a mudarse?
—Será mellor, custa traballo agacharse. Axúdame cos zapatos.
—Claro que si, para iso estamos.
Soa o teléfono, é o meu fillo, —acórdate do piso, pero espera dous meses máis.

JavEmma Nuel (46)
L'Hospitalet de Llobregat

Cada cosa en su sitio
Todo era un caos. Estaba frenético. Ya ni cantaba ni nada. Manos a la obra. El café junto a la leche. Para el cortado. Los embutidos junto al pan. Bocadillos. Si vienen los catalanes, acercamos los tomates. Los huevos con las patatas y las cebollas.
—¿Tortilla francesa? Ni hablar, ¿eh?
El arroz junto al azafrán. *Paelliña* de toda la vida. El pulpo ahí, vigilando el pimentón. Que no falte para el lacón. Siguió hasta que cada cosa encontró su sitio ideal. Al amanecer, se descubrió tarareando:
—Non te embarques, *rianxeira*…
—¿Qué hiciste, Manuel?
—Reponerme —respondió el reponedor al encargado.

Irene V.R (27)
Barcelona

Crónica de una muerte anunciada
Cojo las llaves de casa y pulso el botón del ascensor. Frena en el tercero. Entra una pareja joven sin saludar. Pensativa, me pregunto de dónde serán esta semana. María murió hace unos meses y a Joan le han mandado a una residencia. Su alquiler de renta antigua es ahora un piso turístico.

Salgo a la calle y recorro el mismo camino de siempre, sin lo de siempre, dirección al metro. El colmado de Sergio es ahora un trastero, la cafetería de Txell es ahora un brunch.

Me pregunto si yo también tendré que cambiar para que Barcelona me quiera.

Andrew (78)
Sevilla

Dos perritas
—Luna, ¿sigues conmigo? —susurró el hombre ciego al recordar a su primera perra.
—Sigo tus pasos —le pareció que respondía el animal.
Años después, una nueva nariz rozó su mano.
—¿Cómo voy a llamarte igual que a ella? Siento que la traiciono.
—No vengo a sustituirla —dijo el nuevo perro en su imaginación. —Ella te enseñó el camino, yo solo seguiré acompañándote.
El hombre sonrió.
—Entonces caminaremos juntos.

Y, por primera vez desde la pérdida, no sintió que cambiaba de perro, sino que había multiplicado por dos el amor recibido.



Ana María (62)
O Barco de Valdeorras

Soy otra

Esta mañana me desperté y había perdido la vergüenza. Todo lo demás seguía en su sitio: las seis en punto, el pelo enmarañado, el aliento ácido y el sueño espeso aún prendido de mis párpados. Me quedé frente al espejo, buscando algún rastro entre los pliegues de mi reflejo, pero no había ni uno. Salí de casa más ligera, con paso firme, sin el disfraz que suelo llevar cada día.

Nadie me reconoció.

Manuel G. S. (71)
A Coruña

Cambio de escenario
Demorara moito en volver a aquela cociña. Refregou os ollos. Non estaba soñando. Todo permanecía no seu lugar, tal e como ela o lembraba. A mesa de castiñeiro, no centro, coa baralla de Heraclio Fournier esparexida sobre o mantel de hule, os naipes xa desgastados de tanta brisca. Pendurada do teito, a solitaria lámpada que tinguía de sepia a vida nocturna. E, no recanto, a cociña de ferro, exclusivo adianto tecnolóxico para a época, compañeira morna nas tardes invernais. Enxugaba unha bágoa cando a megafonía do museo etnolóxico anunciou a hora de peche.

Fátima (25)
Zizur Mayor

La nueva habitación
La cenefa rosa había desaparecido, así como su viejo y querido oso de peluche y las sábanas de flores.

Cristina suspiró y se sentó frente a su ordenador nuevo. Lloró un poco hasta que entró su madre y le preguntó si le gustaba la habitación. «Me encanta».

Píntega aqueloutrada (47)
San Sadurniño

Revolución personal
¡Anhelaba ser otro! Así que, tras indagar en internet, llegué hasta aquel maestro espiritual que garantizaba el cambio. Me compré su libro y pagué la matrícula del carísimo seminario que impartiría.

Siguiendo sus instrucciones, lo promocioné en mis redes, coloqué bien visible en mi despacho una taza con una frase motivacional y su cara impresa, y hasta adquirí la carísima camiseta con la que todos debíamos acudir uniformados al retiro que organizaba.

Tras una semana sin noticias del maestro, puedo decir que se obró el milagro.
Me desperté siendo otra persona.
¡Un vengativo estafado!

Luis (60)
Arganda del Rey

Cambiar para mejorar
Para superar una crisis en nuestro matrimonio, a mi mujer se le ocurrió la idea de que cambiáramos nuestro aspecto físico y después nos encontráramos por casualidad, como dos desconocidos, para empezar una nueva relación amorosa.

Yo me dejé barba y me operé la nariz.
Mi mujer se tiñó de rubio y engordó unos kilos.

La nueva relación funcionó bien durante tres años, hasta que un día me di cuenta de que añoraba a mi antigua mujer y ella, a su antiguo marido. Al final, nos separamos.

Arne (36)
Telde

Hoy por Hoy
Guardaba los últimos lienzos de su esposa. Ella ya no pintaba; solo contemplaba la nieve tras la ventana, como una extraña en su propia casa.

En el estudio encontró una nota antigua:
«Olvidaré tu nombre. Si un día me ves perdida en el jardín, búscame. Mi alma sabrá cómo volver a enamorarse de ti».

Con un nudo en la garganta, alzó la vista. Ella estaba allí, sonriéndole con timidez. Entonces leyó la posdata:
«Lo mejor de estos olvidos es que siempre podremos conocernos por primera vez. Sal. Finge que es hoy».

Abrió la puerta, dispuesto a enamorarla de nuevo.

J. Fernández (48)
A Coruña

Un minuto
El pueblo llevaba cien años sin cambiar. Las casas no envejecían, los niños no crecían y el reloj de la plaza repetía siempre la misma hora. Lo previsible era cómodo. Mientras limpiaba el reloj, Inés rozó una aguja y la adelantó un minuto.

El suelo tembló. Brotaron flores, aparecieron grietas y los niños crecieron. Asustados, los vecinos intentaron hacer retroceder las agujas, pero el reloj siguió avanzando.

Entonces llegó la lluvia. Unos se refugiaron, otros levantaron la cara y descubrieron que nunca se habían mojado.

Por primera vez tuvieron miedo.
Por primera vez estaban vivos de verdad.



Felix Penedo (57)
A Coruña

De volta a casa

Levaba moito tempo sen volver ao que fora o seu fogar. Dende o autobús, de camiño a casa, puido comprobar como a rúa cambiara por completo. Cortaran as vellas árbores que invadían o asfalto para faceren as beirarrúas máis anchas. Seus pais estaban a esperalo diante da porta. Eles tamén estaban cambiados. O seu pai levaba un bastón e camiñaba con dificultade.

Ao entrares, o arrecendo a caldo acabado de facer inundábao todo. Despois de xantar copiosamente, súa nai mirouno preocupada e díxolle:
«Estás máis delgado. Quedaches con fame? Fágoche un bisté?»

Hai cousas que por sorte nunca cambian.

Miriam (48)
A Coruña

O cambio
—Pero que che pasa, muller? Tes unha cariña...
—Pois non sei. Ese é o problema. Non sei que me pasa. Eu que son a persoa máis puntual do mundo, que chego sempre dez ou quince minutos antes a tódolos sitios, hoxe non fun quen de chegar a tempo a ningún dos meus compromisos. E non che estou a falar de cinco minutiños, non, case una hora tarde todo o tempo. Estou desexando que remate o día.
—A ver, miñaxoia, ti cambiaches a hora?
—O que?
—Esta noite pasada cambiou a hora.
—Cala, non digas máis nada.

Amaya (49)
Reus

La cola
La señora entregó un billete de cien euros.
—¿No tendrá usted cambio? —dijo la dependienta, con gesto de súplica, mientras miraba la caja registradora con algunos compartimentos al borde del vacío perfecto.

La mujercilla rebuscó parsimoniosamente en su bolso y sacó un monedero.
—A ver qué tengo, hija mía.

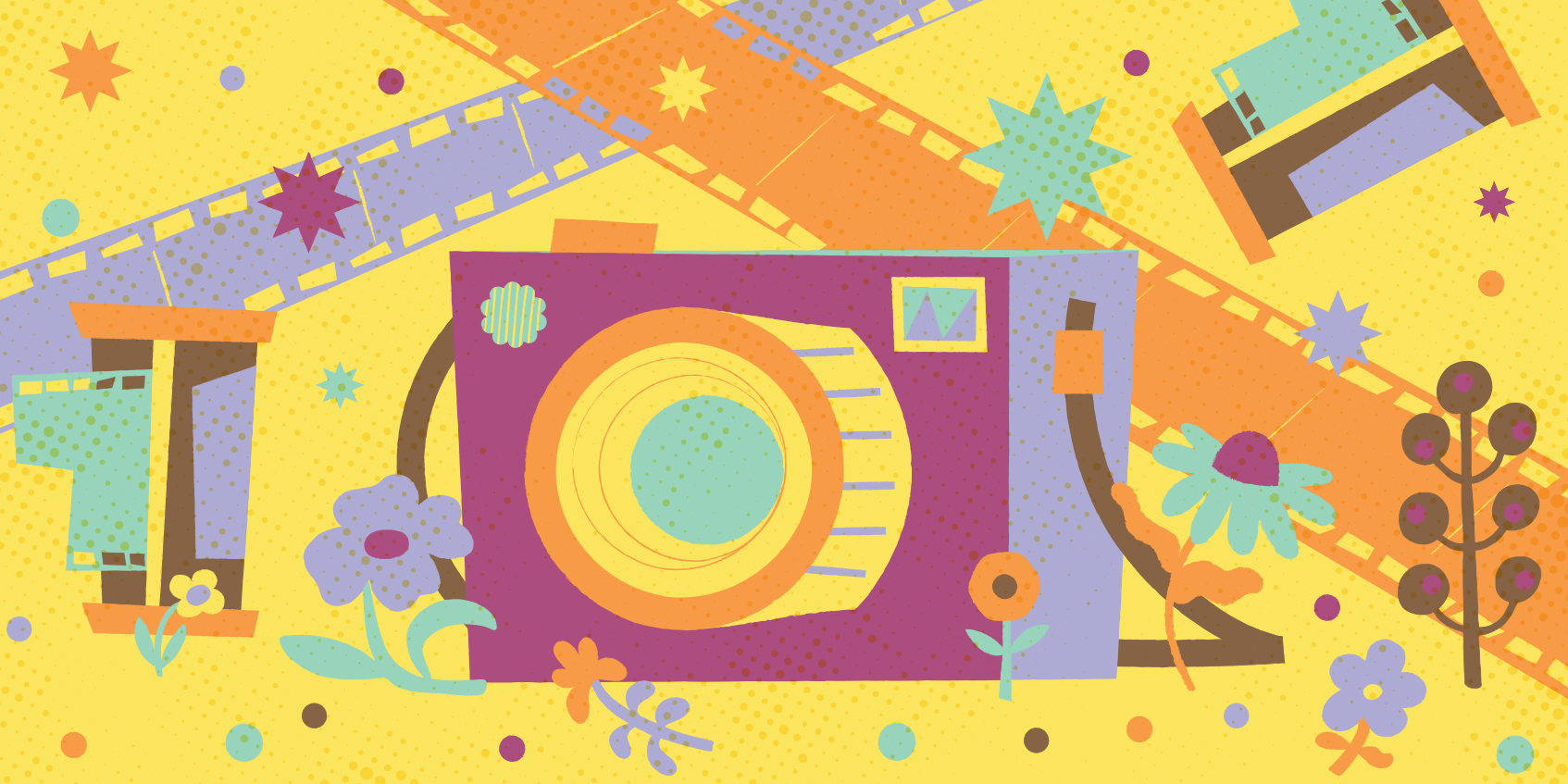
Empezó a contar una a una las monedas de color cobre que iba extrayendo, a una velocidad inversamente proporcional a la que crecía la cola de clientes tras de sí. Alguien hizo ademán de quejarse y la tendera le cortó.
—La señora está contando. Algún día también le llegará su turno.

Eva (50)
Pontevedra

Contradicciones
No cambies nunca, me susurró con dulzura aquel día. No has cambiado nada, sentenció desdeñosa diez años después tendiéndome los papeles del divorcio.

Carlos Gulias (45)
Madrid

O gran cambio
«Vas ser pai».



Mikius Mora (50)
Vigo

El olivo de Vouves
Solo alguien insignificante teme a los cambios.
Para Creta, mi madre, aún soy un bebé, pero he amado
ya a minoicos, romanos y otomanos. A Sócrates. A Homero.
A Alejandro Magno.

He visto morir un millón de lunas para que nacieran otros
tantos soles, durante milenios que me enseñaron a leer
el corazón humano.

Y, aunque he perdido el mío por el paso del tiempo, acojo
vuestras almas temerosas con mi tronco abierto de par en par.
Amad. Porque el mundo cambia. Y aunque siempre
parece dispuesto a morir, yo decidí seguir dando aceitunas.
Simplemente…
Y el mundo sigue aquí.

Raquel (51)
Ferrol

Rutina
Fue la avería del ascensor la que me devolvió al tiempo real.
Acostumbrada a bajar los tres pisos en doce segundos exactos,
hacerlo a pie me obligó a contar los peldaños. Conté cuarenta
y seis.

En el descansillo del segundo, casi tropiezo con un par
de zapatillas de deporte; en el primero, el olor a tostadas
quemadas aún flotaba en el aire. Llegué al portal convencida
de que llegaba tarde a la oficina. Miré el reloj: no había pasado
ni un minuto.

Mafalda (51)
Talavera de la Reina

¿Para qué las prisas?
El policía persigue al ladrón. Ambos corren veloces, fugaces, como si les fuera la vida en ello.

Amanece: el ladrón zigzaguea, madura, le crece barba, le salen ramas; el policía trepa por ellas, luego se baja (por vértigo) y compra un coche (a plazos).

Al mediodía el ladrón se casa, y con el dinero alquila un piso franco (sin doble sentido).

Anochece: se jubilan, se persiguen en andador, en silla de ruedas, hasta que, al fin, de madrugada, se encuentran en el geriátrico:
—Uy, perdona, no eras tú— dice el poli.
El ladrón lo mira, confuso:
—¿Sabes jugar al tute?

Jorge (51)
Valladolid

La equivocación
«Con 14 años me confundí de sala y vi la película que cambiaría mi vida», contestó el famoso cineasta en la entrevista.

Wendy (52)
As Pontes

Cambié de móvil
Añoro la vieja pantalla arañada y el teclado gastado de mi anterior teléfono. El nuevo es tan inteligente, tan pulcro y rápido que, cada vez que intento escribir que te extraño, me autocorrige el olvido.

Fernando (52)
Ávila

Huellas de amor
Tras sus pasos me sentía gigante. Era imposible igualar la zancada de sus piernas, que dejaban el rastro de sus botas del cuarenta y cinco. Yo alcanzaba con orgullo el abismo de esas huellas en la tierra recién arada. Con un saltito inocente, encajaba mi pequeño pie en su molde perfecto, una y otra vez.

Hoy el pecho se me llena de nostalgia. Sonrío al ver a mi hijo repetir ese juego sagrado, pero en la arena de la playa. El escenario ha cambiado, pero, en estos treinta años de distancia, el amor sigue midiendo exactamente lo mismo.





Anxo (15)
As Pontes de García Rodríguez

La fábrica de vapor
De niños jurábamos que aquellas cuatro chimeneas gigantes eran la fábrica donde se hacían las nubes del cielo. Crecimos a su sombra, usándolas como brújula para volver a casa. Bastaron tres segundos de estruendo, y una nube de polvo real, para borrarlas del mapa. Cuando la tierra dejó de temblar y el aire se limpió, nos miramos en silencio: el horizonte había cambiado para siempre y nosotros, de repente, también.

Beliber (53)
Ciudad Real

En un abrir y cerrar de ojos
«La tarta de galletas con chocolate y coco rallado por encima es mi favorita, gracias, Mamá», dije hipnotizada por las llamas de las velas mientras oía de fondo el cumpleaños feliz. Por supuesto sonaba desafinado porque mis hermanos pequeños y mis amigas vestidas con el uniforme gris del cole se empeñaban en corearlo a gritos. Cerré los ojos y soplé fuerte.

Cuando abrí los ojos, mi hija sonreía hipnotizada por las llamas de las velas, después de agradecerme que le hubiera hecho su tarta favorita: la de galletas con chocolate y coco rallado por encima.

Paula (36)
Moaña

Transpuerto
Iba de su mano. No había aceras entonces y pasaban muchos camiones. Uno gigantesco me llamó la atención.
—Abuela, abuela, Trans-puer-to.
—No, neniña. Trans-por-te.
—Abuela, pone Transpuerto.
Ella se giró y me miró orgullosa.
Había leído mi primera palabra.

Esa niña aún no sabía la suerte que tenía: arreglar las redes primero y pescar fanecas con el abuelo después.
Hoy paseamos y sujeto esa misma mano, llena de arrugas.
Pasa un camión blanco. Me río y le recuerdo nuestra anécdota.
Le brillan los ojos y también se ríe. Se acuerda de todo.
Ahora la cuido yo, como ella hizo conmigo.

Lucas Álvarez (54)
Valladolid

Lo inevitable
Aquella mañana Martín estaba más cansado de lo habitual. Salió de casa con paso firme al encuentro con Omar y juntos caminaron hasta el colegio. Apenas hablaron, solo andaban con desgana. Sabían que había llegado el día: su graduación.

Toda una vida juntos, compañeros de juegos, de estudios, de travesuras, de gastroenteritis. Lo habían compartido todo desde los tres años. Ahora, por delante: una ceremonia de graduación, un título, felicitaciones de familias y profesores. ¿Y luego qué?

Martín, matriculado en bachillerato y Omar, empujado por sus padres, en electromecánica. Total, nada. Ese día sentían que caminaban hacia el negro abismo.

Adela (54)
San Fernando

La gota
La gota que colmó el vaso llevaba tiempo esperando su momento. Ensayó su caída como un saltador de trampolín. Dejó tanta agua afuera que empezaron a protestar:
«¿Qué se habrá creído esa ridícula gota?»
Aplaudiendo unos, quejándose otros, todos los objetos tuvieron que intervenir.
El más perjudicado fue el viejo libro que sujetaba aquel estante, acumulando polvo.
«¡Me has mojado hasta mi último capítulo!», gritaba enfurecido.

Ese día tocó limpieza, tocó cambiar las cosas de sitio y poner un viejo libro en la ventana, para que lo secara el sol. Por una gota que colmó un vaso.

Capibara (56)
Culleredo

Miedo al cambio
Miro hacia el salón y ahí está, sentado con el mando
del televisor en la mano, cambiando una y otra vez
hasta encontrar algún canal de deporte, cualquier deporte.

Agarra la lata de cerveza y le da un largo trago. No reconozco
al chico de gafas, tímido, del que me enamoré hace una
eternidad. Se mete un puñado de patatas en la boca y le digo:
«No comas mucho, que ya casi está la cena».

Asiente, sin mirarme, ni hablarme. Y pienso en salir corriendo,
en por qué no me voy, por qué sigo aquí, por qué…
miedo al cambio.

Tomás (56)
Los Realejos

Mareas
Hugo tiene nueve años y un universo cambiante dentro
de la cabeza.
Hay días en que despierta ligero, como si pudiera correr
más rápido que el viento, hablar sin parar, inventar diez juegos
antes del desayuno.

Otros días el mundo pesa demasiado y hasta atarse los zapatos
parece una montaña. Su mente es como el mar: a veces
tormenta, a veces calma.

En terapia dibuja olas de colores y aprende a nombrarlas.
Cuando llega una grande, respira y espera. Poco a poco
descubre algo importante: las olas pasan, y él sigue ahí,
de pie en la orilla, mirando al horizonte.

Niniweis (56)
Ames

Herdanzas
A avoa deixoulla á miña nai. A miña nai, a min.
Non viña nunha caixa, pero pesaba.
Alí estaban o medo a volver soa, as chaves entre os dedos, o sorriso para non molestar, as pernas pechadas, a culpa por dicir non, e un espello diante do que nunca eramos suficientes.
Gardeina por anos. Ao nacer Andrea pensei que algún día tamén sería súa.
Hoxe púxena sobre a mesa. Abrímola xuntas.
—Todo isto herdaches ti?
—Si.
—E eu?
Mireina e tirei a herdanza ao lixo.
—Ti non.
Sorriu. Comprendín que os cambios tamén comezan cunha herdanza que ninguén acepta.



Mónica (15)
Neda

A tenda dos cambios
Nunha rúa, agochada había unha tenda onde podías cambiar calquera cousa: a cor dos ollos, a voz, o sorriso...
Todo era gratis. O dependente só pedía unha sinatura.
A xente saía contenta, non feliz, a pesar da súa perfecta imaxe.
Cando chegou a súa quenda, Ana descubriu un pequeno cartel detrás do mostrador que dicía: «Cada cambio custa un recordo feliz.»

Mirou ao seu redor. Ninguén parecía triste, pero tampouco lembraban porque sorrían antes de entrar. Comprendeu entón que, ás veces, perseguimos cambios imposibles sen valorar aquilo que realmente nos facía felices. Ana entendeu que a felicidade está no interior.

Wiki (17)
Oleiros

O que non contou Bram Stoker
Nos contos populares sempre se simplifica todo. Todos os nenos queren ser un vampiro no Samaín, conseguir os seus poderes, como transformarse en morcego. Se só soubesen a realidade.

Nas películas é moi doado facer «*puf*» e converter un vampiro en morcego coa maxia da tecnoloxía.
A transformación real comeza cun arrepío profundo: os ósos retórcense, a pel estírase e as mans encóllense mentres os dedos se funden coas ás. Os dentes medran dolorosamente, a columna dobra e un berro afogado convértese nun chío agudo.

Que como o sei eu? Anos de práctica.

David (45)
Lugo

Maricarmen
«¡El cambio, Maricarmen!», me recordaba en cada cruce, curva
o rotonda que cogía «Caaambia…», aún me parece escucharle.
Y qué le voy a hacer si me acostumbré a aquella chulada
de Mercedes que trajo mi hermano de Suiza, que no tenía
marchas y andaba solo.

Mercedes, mira tú, Mercedes sí que me hubiera gustado
llamarme. Mercedes suena bien, hasta el moño estoy de:
«Maricarmen pa'esto» y «Maricarmen pa'lo otro»…
un día voy y me lo cambio, y si no les gusta el nuevo
nombre pues que me llamen M punto.

Y punto.

Xabi (59)
Cangas do Morrazo

Feroz
Non estás só nisto, mírame, somos igual de inofensivos,
os mesmos dentes, as orellas, este vello ridículo...
Iso lle dixera a psicóloga da Asociación.

Conviña deixar de pensar nas burlas, os enxertos, os fracasos;
tamén abandonar os grupos de autoaxuda.
Estaba decidido, ser humano tiña vantaxes, podería andar no
medio da xente sen levantar sospeitas; exploraría a luz do día,
converteríase nun lobo con pel de año.

Parou diante do espello antes de saír, comezaba xaneiro
e non había nada que ocultar; só disimularía o brillo dos
caninos. Quen sabe, puidese que ata chegase a ser o máis feroz.

Náyade (60)
Puerto de Sagunto

Involución
Le contaba, con voz grave, la evolución de nuestra especie. Le dije que hubo un tiempo en el que nos sosteníamos erguidos y dejamos de saltar de rama en rama; que algunos se atiborraban de pastillas y la mayoría nos inventábamos fórmulas para ser felices; que comíamos bananas para evitar os calambres y no por puro deleite.

De mi boca salían términos como pilates, ayuno intermitente y bótox. Al escucharlos, Ariadna entró en pánico y abrazó su cuerpo velludo por miedo a que alguien, allá arriba, volviera a agitar la varita mágica y regresáramos a nuestros orígenes.

Modesto (63)
A Coruña

Cambio
Miró el reloj de pared por enésima vez. Notaba el aire tan pesado que casi lo masticaba. Intentó controlar la respiración fijando de nuevo la mirada en el reloj. Tic-tac.
Llevaba trabajando en la empresa dos años, siete meses y cinco días: una condena.

Ordenó la mesa y apagó el ordenador.
Se levantó y caminó hacia la salida, sin dudas, con paso firme. El edificio quedó atrás en pocos segundos, se detuvo y respiró de forma ansiosa.

Se giró y recordó las numerosas veces que había hecho ese trayecto. Tuvo claro que jamás lo recorrería de nuevo. Nunca volvería.



Pablo (25)
Culleredo

Nuevo nido

Aunque llevaban tres meses en A Coruña,
la familia Sharid aún dormía con los zapatos puestos.
Al primer estallido, los dos niños se escondieron bajo la mesa.
La mano tendida de una madre, la mirada de afecto de un
padre. Salieron para ver cómo al cielo ascendían unas luces,
como ángeles que estallaban en miles de colores.
Los niños miraron a sus padres con los ojos radiantes.
Todo el barrio aplaudía los fuegos de una noche de verano.

Akim (66)
Barcelona

Ley de vida
Hoy se resistía a tomar las pastillas y me he visto obligado a machacarlas y mezclarlas con el consomé. Pero, sentada ante mí, continuaba apretando los labios mientras movía rítmicamente la cabeza como un metrónomo.

Cambiando de estrategia, he desplazado la cuchara en distintas direcciones y a diferentes niveles. En tono cariñoso le he recordado que, cuando era niño y me resistía a comer, ella se las apañaba para que permitiera aterrizar al avión cargado de sopa.

Acto seguido he comenzado a imitar el sonido de un reactor y, por fin, ha abierto la boca.

Vega (16)
A Coruña

Caracol
De camino a lo que antes era mi casa, viéndolo todo más triste, más grande, empecé a recordar...
Hacía unas horas, mi profesor me dijo que fuese a buscar a una compañera, y el primer sitio al que me dirigí fue al que siempre advertían no entrar: los baños.

Al llegar allí, mientras buscaba, me di cuenta de que algo se movía bajo mis pies. ¡Un caracol! Rápidamente intenté abrir la puerta, pero mi cuerpo no respondía, todo era gigante... no... yo era pequeña, cada vez más pequeña...
tan pequeña como un caracol.

D. Lali (19)
O Temple

Entre Coca-Cola y patatas
Sin decir una palabra, sin tocarme, algo dentro de mí cambió.
Desde entonces, iba al Gadis a la misma hora por una bolsa
de patatas y un refresco. Nunca cambiaba de caja.
En mi cabeza ya discutíamos el nombre del perro.
Un martes dejó caer unas latas y rompimos a reír.
«Espérame, acabo mi turno».
Mientras esperaba fuera, una compañera sonrió:
«Al fin se decidió. Lleva un año pidiendo esta caja,
desde que te vio entrar por primera vez».
Sonreí. Por primera vez, salí del Gadis sin las patatas,
ni refresco.

José Antonio (69)
Ávila

Lobbys feroces
Los lobos, hartos de sangre, decidieron hacerse veganos
y dejaron de atacar a las ovejas.
Estas al principio desconfiaban, pero pronto pastaban
todos entremezclados.

Poco tiempo después, la plaga de caracoles arruinó
las cosechas y trajo la hambruna.
Las borregas se reunieron en asamblea para valorar la
posibilidad de incorporar al lobo a su dieta: al fin y al cabo,
ellas no eran veganas.

Se tiñeron la lana de gris y se afilaron los colmillos.

Carta (71)
Vedra

Carta
Cada día registro el buzón para tropezar con las misivas rutinarias, de mis obligaciones administrativas, facturas de luz y agua— de ininteligibles desgloses—, bancos recordando la subida del Euribor y la hipoteca, reclamos publicitarios variopintos y otras bagatelas mundanas. Pero hoy se coló un sobre de los de antes, escrito a mano con caligrafía cuidada a golpe de pluma.

Casi me parece un hallazgo arqueológico.

Me precipito a abrir el sobre —mi mente se acelera—, extraigo un breve pliego y leo: «Cuán lejos estás de mí y qué cerca me tienes.» No hay data, ni firma, ni matasellos.

Julio (59)
Caldelas de Tui

Umbral
La grieta apareció una mañana cualquiera, fina como un suspiro, en la pared que siempre había sido sólida.
Nadie la vio crecer, pero todos empezaron a hablar más bajo.
Con el paso de los días, la luz entró por allí de una forma distinta, revelando polvo antiguo y colores olvidados.
Entonces comprendieron que no era la casa la que cambiaba, sino ellos, obligados a mirarse sin costumbre.
Cuando por fin alguien tocó la grieta, ya era una puerta.

Jorge Ramos San Martín (42)
Palencia

Metamorfosis

Comencé siendo una discreta prosa de las que cuentan
historias reales: un desamor adolescente, la estela de un sueño,
el dolor y la alegría de un personaje que vive y siente;
después me llené de dioses, dragones y hadas,
y me salieron alas a mí también,
me convertí en poesía ligera,
usé de escalera una rima,
y fui la promesa viajera
que vuela hasta la cima.

Y
allí
disfruté
de las vistas
de una pirámide.

Solo para volver al inicio y descubrir que todo es palabra,
y nada más.





Raquel (51)
Ferrol

A foto

Cambiei a foto da mesa do traballo.

Levaba dez anos coa mesma imaxe neutra, unha paisaxe
que non dicía nada de min, pero que tampouco
espertaba preguntas.

Hoxe puxen a de San Xoán: os dous rindo, coa cara manchada
de cinza e as mans collidas.

O compañeiro da mesa do lado mirou o marco, fixo unha pausa
de medio segundo e preguntou se era en Valdoviño. Dixen que si.

E a vida seguiu, exactamente igual, pero sen o peso
de ter que disimular.



Puedes leer el resto de microrrelatos en:
www.gadismicrorrelatos.com

Podes ler o resto de microrrelatos en:
www.gadismicrorrelatos.com

GADIS



GADIS